



## Iluminación desbordante, una triste historia

En *Los mundos lejanos* (1947), Bruno H. Bürgel ya afirmaba: «la disminución del brillo de las estrellas en el mar de luces de la gran ciudad debe lamentarse de manera especial; hoy, a los niños de las grandes ciudades se les enseña el aspecto del cielo estrellado en una noche clara, las más de las veces por medio de mapas». Incluso años antes (1935), un clarividente Bertrand Russell advertía: «en las calles de una ciudad moderna, el cielo nocturno es invisible; en los distritos rurales, viajamos en vehículos con potentes faros. Hemos borrado los cielos, y sólo unos pocos científicos siguen atendiendo a las estrellas y los planetas, los cometas y los meteoritos».

Era la primera mitad del siglo XX y la contaminación lumínica estaba restringida aún a las grandes ciudades. La mayor parte del territorio gozaría de noches con oscuridad natural, algo difícil de concebir para un ciudadano occidental medio en el siglo XXI. Lo mismo que la iluminación desbordante a que hemos llegado es algo que no podrían ni imaginar siquiera los citados autores de hace medio siglo.

Al cabo de los años se fue comprendiendo que esta contaminación tiene muchas implicaciones, además de la pérdida de visión del cielo: intrusión en domicilios, perturbación de la biodiversidad, afecciones a la salud y la visión, derroche energético y económico, etc. Y la conciencia del problema dio pie a asociaciones centradas en enfrentarlo, como Cielo Oscuro o, a nivel internacional, la International Dark-Sky Association (IDA). Estas asociaciones vienen perseverando en la información y denuncia y han contribuido también a que se aprueben normativas para reducir el problema mediante la regulación de los alumbrados.

A pesar de todo ello, pasa el tiempo y la contaminación lumínica aumenta continuamente en casi todos los lugares, extendiéndose lo indecible en la lejanía. Es cierto que los alumbrados correctos, «no contaminantes», se aplican cada vez más. Pero, en paralelo, proliferan otras instalaciones con absurdos excesos de luz. Y en el balance predominan desgraciadamente los abusos (como el desmedido celo por la «seguridad» que, a lomos de miles de aerogeneradores, ha transformado los únicos cielos hasta hoy oscuros —los rurales— en ambientes más propios de discotecas).

**Pasa el tiempo y la contaminación lumínica aumenta continuamente en casi todos los lugares, extendiéndose lo indecible en la lejanía**



Y es que siguen sin desterrarse mitos como que «es bueno iluminarlo todo» o que «a mayor cantidad de luz, mayor seguridad». Mitos que gran parte de la población cree todavía. Algunos gobernantes quizá también lo crean, pero sobre todo saben que poner farolas a manos llenas es conseguir votos fáciles. Muchos fabricantes de luz ganan más dinero instalando iluminaciones desbordantes que aconsejando lo que indicaría el sentido común. Y no pocos arquitectos y proyectistas caen en el recurso fácil de conseguir efectos con luces disparatadas. Ciudadanos, gobernantes, fabricantes, proyectistas... forman una especie de círculo vicioso donde el error y ciertos intereses vencen y dan vía libre al crecimiento de la contaminación.

Las soluciones existen: no iluminar el cielo; no sobreiluminar el suelo; evitar, en general, las lámparas que emitan en ultravioleta o azul; y apagar todo alumbrado sin uso. Pero las sucesivas normativas, a pesar de un prometedor comienzo, se han revelado inútiles ¡y hasta contraproducentes! para prevenir el fenómeno.

Es verdad que la bonanza económica y los precios irrisorios de la electricidad que disfrutamos hasta hace pocos años también han impulsado esta historia de iluminación desbordante. Quizá en esta materia (como en otras) nos hemos dejado arrastrar por el afán de consumo, hasta las altas cotas del despilfarro. Y quizá tenemos tan poca lucidez que sólo forzados por la crisis y la necesidad pondremos fin a esta triste historia, a bote pronto, a medias, tarde y mal, apagando porque ya no podemos pagar.